

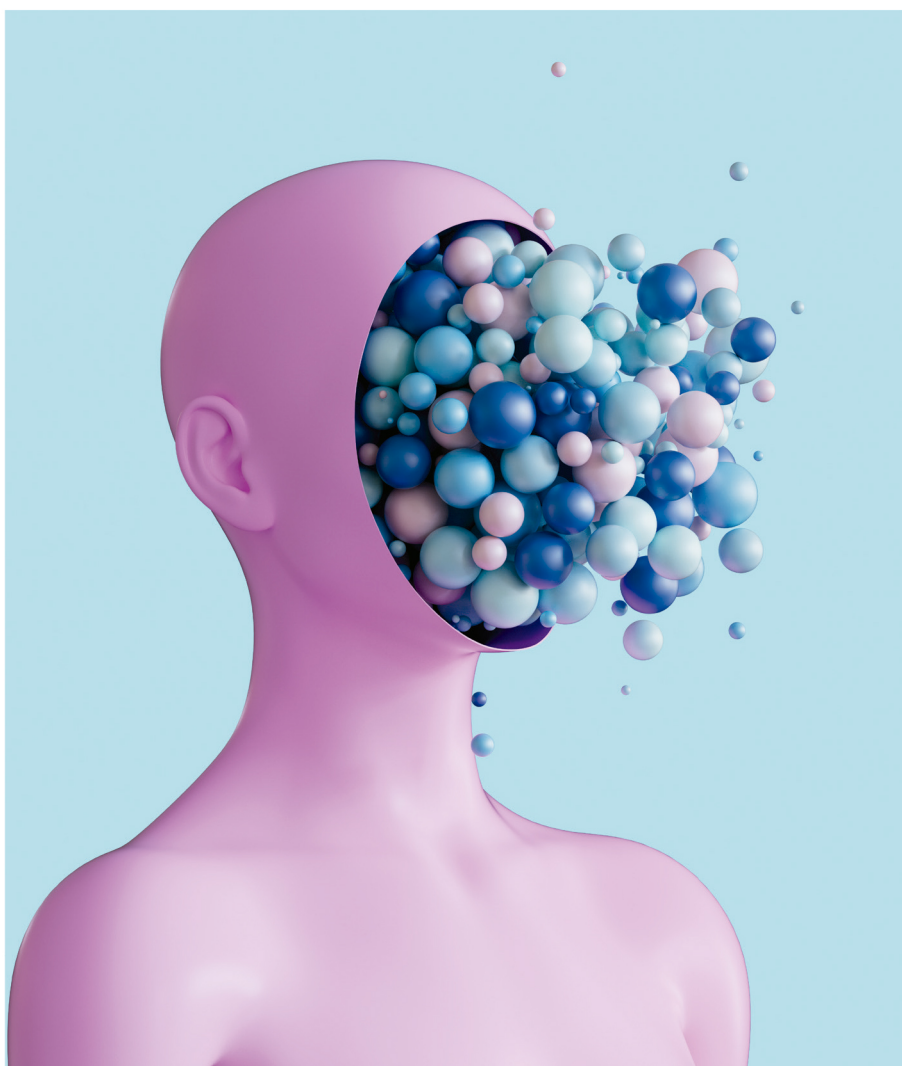


Seix Barral

Angélica Gorodischer

Casta luna electrónica

Prólogo de Agustina Bazterrica





Seix Barral

Angélica Gorodischer

Casta luna electrónica

Prólogo de Agustina Bazterrica

**EN VERANO, A LA SIESTA
Y CON MARTINA**

«En verano, a la siesta y con Martina» ganó un premio en el Segundo Concurso de Cuentos Policiales organizado por Veá y Lea, en 1964. Me entusiasman las novelas policiales (todavía me entusiasman pero mis preferencias han pasado de la novela problema a la novela negra). La primera vez que leí una novela negra, que fue nada menos que La dama del lago de Raymond Chandler, me desorienté muchísimo: todo eso me parecía desagradable e infantil. Aclaro que hoy creo, y por suerte no soy la única, que La dama del lago es una obra maestra, y quería escribir, si no novelas, proyecto que me parecía demasiado ambicioso para mí, cuentos policiales. Pero los resultados eran, para decirlo suavemente, desalentadores: nunca supe plantear un problema lógico y resolverlo con una lógica mínima. No plausibilidad, que no tiene nada que ver con la narrativa, sino un ajuste a las más elementales reglas del juego del cuento policial. Es que en general, prefiero no dar explicaciones, y de ninguna manera cuando escribo. No hay que explicar: hay que contar. No hay que mostrar: hay que dar (esta última frase —admirable— no es mía pero lamento decir que se la he robado a quien la dijo sin el más leve remordimiento). Pero «En verano, a la siesta y con Martina» era, es, más que un cuento policial, un juguete con el pretexto de un crimen. Creo que merece un lugar en este libro, aunque por muchas cosas no tenga nada que ver con lo que escribí después, porque fue lo primero que publiqué y porque si lo escribiera ahora (no, no lo escribiría) no sería mucho lo que cambiaría.

—¡Martina! ¡Martina!

La voz golpeó contra las paredes de la casa y volvió —¡na! ¡na!, apresuradamente— hasta ellos.

—Dejate de gritar —rezongó Barragán mientras se sacaba el saco—. Parece que no hay nadie.

—Debimos haber avisado.

—A lo mejor están durmiendo la siesta.

Cerraron el auto y caminaron hasta la casa. Entraron por la puerta del frente, que estaba sin llave, en el living vacío. La habitación era blanca y baja. Había sillones, una mesa con tapa de mármol casi a ras del suelo, ventanales por donde ya no entraba el sol, y una frescura de paredes macizas. Mientras Villada se dejaba caer en un sofá, Barragán se acercó al ventanal a sus espaldas.

—Atrás no están —anunció.

—¿Por qué no te llegás hasta la casa del casero y preguntás?

—¿Yo? —Barragán se indignó con el resto de las fuerzas que le había dejado el calor del viaje—. ¡Andá vos!

—Pensándolo bien, para qué. Ya nos encontrarán cuando vuelvan, si es que no se han muerto todos.

—Me parece una exageración, eso de que tanta gente se muera de golpe. ¿Epidemia, che?

—No —resolvió Villada—, estaba pensando en asesinatos en masa.

Se rascó una mejilla torciendo la cara, y se levantó del sofá para empezar a subir la escalera, pero se detuvo en la mitad, empinándose para atisbar el primer piso silencioso. Después volvió hacia el sofá:

—No hay nadie. Qué cosa trágica es una casa sola por dentro. Una casa a la que uno puede entrar y sorprender quiero decir, y que se encuentra momentáneamente abandonada, como esos barcos inexplicables que llegan a puerto sin nadie a bordo, con el libro de bitácora abierto, una lata de té junto a la hornalla y un par de zapatos debajo de una litera.

—El *María Celeste* —dijo Barragán—. Nadie supo nunca qué les pasó.

—Algo así. Un marinero que se vuelve loco, agarra a todos por los pies y los tira al agua y después se tira él. A lo mejor acá Marcelo se volvió loco, decapitó a todo el mundo con un hacha ensangrentada y tiró los cadáveres a la pileta.

—¿Y por qué estaba ensangrentada el hacha? Se ensangrentaría después —Barragán se deshizo del saco tirándolo en una silla, y se sentó en el sofá al lado de Villada.

—Había tenido un previo ataquecito de ensayo con las gallinas y el perro.

El otro lo miró:

—No sé si te dedicaste a la cirugía por morbosidad congénita, o si de tanto cortar gente te volviste macabro.

Por algo escribís cuentos policiales las noches de los sábados. ¿No podrías tocar a Chopin o pintar marinas y naturalezas muertas con botellones y calaveras como otros médicos?

—Lo que pasa —dijo Villada— es que la cirugía también tiene algo de criminal: eso de cortar a la gente como vos decís. Y que es peor de lo que te imaginás, porque es el crimen envuelto en asepsia y en altruismo —y se quedó un segundo silencioso—. Cosa que me revienta.

—¿La asepsia?

—El altruismo. La asepsia es de lo más agradable que tiene la profesión.

—Sin embargo, te inventas un cuadro bien poco aséptico de un tipo matando a toda su familia con un hacha llena de sangre. Decí por lo menos que mató solamente a Francisca.

—¿Y por qué la iba a matar? —preguntó Villada—. Aparte de ser un poco idiota, no tiene otros defectos que la hagan insoportable para un marido medianamente normal.

—Tenés razón.

Se quedaron callados, cómodos, pensando vagamente en vasos empañados por algún líquido frío. Un moscardón zumbaba en la ventana, y en alguna parte, no muy lejos, un motor le hacía el monótono contracanto.

—No sé —volvió Barragán a la carga—. Tal vez tuviera una falange de amantes.

—¿Quién? ¿Francisca?

Villada lo miró con los ojos semicerrados y Barragán se rio:

—Si me vas a decir que es una falta de clase hablar así de los dueños de casa, estoy de acuerdo con vos. Además, el cadáver puede estar debajo del sofá. A ver, fijate.

Villada inclinó la cabeza por entre las piernas separadas y volvió a incorporarse tratando, sin mucho éxito, de parecer desilusionado.

—No hay cadáver. Y lo de los amantes me parece difícil. Hay que ser intrigante y fría para engañar al marido con un solo amante. Imaginate a Francisca con una docena.

—A lo mejor tenía uno.

—¡Qué va a tener!

—Entonces no hay crimen —resolvió Barragán.

—¿Por qué no? Aunque Francisca no tenga amantes, puede haber un crimen con noches siniestras, pasos crujientes en la escalera y el ulular del viento entre los pinos. Lo único que nos hace falta es la víctima adecuada y el asesino inexorable.

—Tampoco hay pinos —dijo Ernesto Barragán—. Están los árboles exóticos que le gustan a Francisca y que siempre me hacen pensar en plantas carnívoras; y el paraíso histórico, más bien dudoso —se volvió confidencialmente a Villada—. ¿No te parece rara esa costumbre de nuestros prohombres, de sentarse bajo los árboles a tomar mates de larga fama o a escribir partes de batalla? ¿Vos qué opinás? ¿Es una especie de alucinación colectiva, o una premonición del futuro reservada a las grandes figuras nacionales?

—Yo opino que tenemos que averiguar quién mató a quién.

—¡Y dale! Insisto en que Marcelo podría haber matado a Francisca.

Villada desechó la sugerencia con un gesto:

—No, no —se puso de pie y se enfrentó con Barragán—. Decime, vos que sos caricaturista y por lo tanto casi tan despiadado como un cirujano: en esta casa, ¿quién pudo haber sido la víctima?

—Martina —dijo Ernesto Barragán sin vacilar.

—De acuerdo. ¿Pero por qué ella sí y los demás no?

—Yo sé por qué, pero es muy largo de explicar. El cuentista sos vos. Si querés yo hago un personaje híbrido de doctor Watson y coro griego.

—Bueno —a Villada le gustaba tener auditorios de una sola persona—. A Francisca no había por qué matarla. Ni amantes, ni intriga, ni chantaje. Nada más que un bajo cociente intelectual, voz llorosa, esterilidad, mal gusto. Todo eso dentro de un bellissimo envase que te impulsa a locas fantasías hasta que empieza a hablar.

—¡Linda manera de hablar de tu prima!

—¡Nada de prima! En este momento es mi personaje. Pero ¿y Marcelo? —siguió—. Buen tipo Marcelo, ¿no te parece?

—Buen tipo —dijo el doctor Watson.

—Un fracasado.

—¿Por qué? —preguntó Barragán—. Es rico, tiene una linda mujer, la casa en Rosario, la quinta acá, otra casa en Mar del Plata, se va a Europa cada vez que se le da la gana. ¿Me querés decir dónde está el fracaso?

—Un fracasado, te digo. Él siempre quiso pintar y vivir la bohemia mugrienta en una bohardilla.

—Ah, sí —Barragán se salió de su papel para protestar—. Pero el pobre tuvo que cargar con la enorme fortuna del viejo Ezequiel, casarse con una mujer lindí-

sima y rica, dar la vuelta al mundo y sufrir la tortura de propiedades, empresas, casas, tres autos, no sé cuántos sirvientes y un equipo para que le atienda los réditos. ¡Lindo fracaso!

—¿Y el fracaso espiritual? ¿Y la aridez artística? ¿Y la frustración vocacional? ¿Eh? ¿Qué me decís de eso?

Hacía demasiado calor y la parrafada anterior lo había cansado: Barragán agitó una mano regordeta y se rindió.

—Bueno, hombre, bueno. Pero ¿qué tiene que ver? Fracasado o no, ¿para qué iban a matarlo? Para chantaje no sirve más que como víctima, ¿y quién mata al que le da dinero?

Villada lo pensó:

—Una amante despechada podría ser. Claro que la visión de Marcelo con líos extraconyugales es más ridícula todavía que la de Francisca. Pero nunca se sabe.

—Ajá. Pero las amantes despechadas se arreglan con guita. Cuanto más despechadas más guita y se acabó el problema —dijo Barragán que estaba casado hacía treinta y cinco años, no conocía otra cama que la del ya agonizante juego de caoba con herrajes de bronce, y llevaba una bandeja de merengues los domingos al mediodía para comer con Delfina, tres hijos y ocho nietos.

—A otra cosa. Francisca no. Marcelo no. Queda la vieja Demetria.

—¡Esa! ¡Esa sí!

—¿No quedamos en que era Martina?

—¡Pero ella también es repelente!

—¡Ernesto! Eso es precisamente lo que nunca debe hacer un investigador: dejar que sus emociones interfie-

ran con el razonamiento. Estamos eliminando probabilidades, ¿no? Sirviéndonos de la inteligencia, ¿no?

—No me digás que no matarías con gusto a la vieja Demetria.

—Yo sí. Pero tengo una coartada: estuve con vos.

—No sé —a Barragán le gustaba la posibilidad de convertir al investigador en asesino—. ¿A qué hora se cometió el crimen?

—Hace poco —Villada miró el reloj—. A las tres. Hace una hora justa.

—Ah, entonces no pudiste ser vos.

—La vieja es odiosa porque tiene una lengua afilada, porque se mete con todos y grazna cuando no debe. Pero es la anciana servidora que se ha vuelto un poco chocha y arbitraria, y a quien todos soportan porque los vio nacer, porque los cuidó cuando tuvieron escarlatina, porque amortajó al viejo Ezequiel, y otros sentimentalismos familiares.

—¿Y si se enteró de un secreto vergonzoso de la familia? —sugirió Barragán esperanzado.

—Como Watson sos una porquería. Y para coro griego te falta sentido de la oportunidad. Si hay algún secreto vergonzoso seguro que la vieja lo sabe desde hace años, y la familia puede estar bien tranquila. Además, ¿por qué apartarnos de nuestra víctima? Mirá que todavía nos falta descartar a los dos huéspedes.

—¡Ah, bueno!

Barragán se frotó las manos y se inclinó hacia Villada: esto le gustaba más. La tontería de Francisca, la debilidad de Marcelo, y hasta la tiranía, y la belleza dura que iba desapareciendo de Martina, quedaban oscurecidos por

los dos fantoches. No les tenía cariño como a los otros, hasta a la vieja, por eso se lanzó entusiasmado:

—Sos injusto en calificarlos de huéspedes. A Torito Merwin tendrías que llamarlo inquilino: él ofreció pagar su alojamiento desde el primer día. Me lo contó la vieja Demetria —solían compartir unos mates los tres bajo el paraíso: él, la vieja y la sombra del héroe de la reconstrucción nacional.

—¡Qué tipo! —dijo Rafael Villada—. Pero nadie lo mataría: es un gusano.

—Los gusanos babean —ayudó Barragán.

—¡Esas son las babosas, hombre! Decime, ¿quién mataría a ese dandi pasado de moda que se dice profesor de algo y que vive poniéndose gotas de extracto en el bigote blanco? Es demasiado blanco, a propósito. ¿Se lo pintará con tiza antes de bajar para el desayuno?

—Es como otro de los árboles exóticos de Francisca.

—Un árbol que se está quedando calvo, para su gran desesperación, que tiene ramas bastante enclenques, pies planos y cuello duro.

—Che, Rafael, ¡qué descripción! No es más que un pobre vagabundo que quiere vivir gratis y se aprovecha de la pasión de Francisca por las palabras raras y los títulos ambiguos. Así y todo, me gusta más que el otro.

—¿Qué otro?

—¿No estábamos hablando de los huéspedes? El griego Annakardis.

—Ah, Teodoro. Ese ni griego debe ser. Todos los griegos se llaman Papadopoulos.

—Hay uno que se llama Onassis —dijo Barragán.

—Bueno, griego o criollo, el pobre Teodoro, gordito y sudoroso, no puede despertar ansias homicidas en nadie,

salvo en Torito Merwin para quedarse él con toda la ración. Aquí Teodoro no hace nada malo: al contrario, clava clavos, corre muebles, lava el auto cuando no anda por ahí el hijo del casero, lleva paquetes, integra mesas de bridge. Y mientras tanto, come. Claro que no es como Torito, que ya cumplió su misión en la vida al darnos a vos y a mí la oportunidad de endilgar el sobrenombre más justo en que hubiéramos podido pensar nunca. ¿Te acordás?

Ernesto Barragán había empezado a reírse despacito:

—Todavía lo veo parado en aquel rincón con un vaso en una mano y acariciándose el bigote con la otra, explicándole confidencialmente, nada menos que a Martina, que en el amor él era un torito furioso. Demasiado darse corte, che: para mí que es impotente —se golpeó las rodillas con las manos—. ¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Y la mirada asesina que te echó Martina cuando te vio taparte la boca con el pañuelo y salir disparando!

—Sí —dijo Villada reviviendo la mirada de Martina—. Martina es la víctima indicada.

—Bueno, ¿y quién la mató?

—¡Eh, más despacio! Ya vamos a ver.

—¿Con qué la mataron entonces? ¿Con tu hacha ensangrentada?

—No era mi hacha, sino la de Marcelo. Y como quedamos en que no se volvió loco, tampoco hay hacha. La mataron con un estilete —hizo una pausa, y cuando habló, Barragán casi saltó del asiento—. ¡Mirala! Está tendida en su cama, semidesnuda, con un puñal clavado en el corazón y las manos crispadas sobre el pecho. ¿La ves? La cama está manchada de sangre: todo está manchado de sangre y en desorden, el viento agita las cortinas y le

mueve el pelo que cuelga fuera de la cama. Con los ojos abiertos, fijos en la ventana por donde escapó su asesino, parece pedir castigo para el infame.

—Mirá Rafael, ¿vamos hasta el dormitorio de Martina así me tranquilizo?

—No, todavía no. Vamos a averiguar quién la mató antes de llamar a la policía; antes de descubrir el cadáver también.

—Siempre dije que eras un talento. ¿Querés una solución? La mató la vieja Demetria para impedir que el escándalo que iba a armar divulgara la pérdida del honor y la fortuna de la familia. Resulta que a Marcelo entró a gustarle el hijo del casero.

—No —interrumpió Villada—, es una teoría sucia y poco seria. Escuchá la mía: Martina es dura, fría y cruel. Pero no es una bruja. La explicación está en que la madre se les murió cuando eran chicas. El padre quiso tener una docena de machos por hijos, y tuvo dos hembras. Su venganza, pobre, fue ponerles nombres de hombre: Martina y Francisca. A Francisca le rompió el espinazo con su educación a lo varón; la doblegó, hizo de ella esa cosa indecisa y caprichosa que es. En Martina, en cambio, no hizo más que exaltar lo que había en ella de masculino y despótico. A ella el viejo le dejó su impronta de palizas, palabras secas y decisiones inflexibles. Las dos sabían manejar un auto, un caballo y un rifle. Pero lo que Francisca hacía desmañadamente, Martina lo hacía con exactitud perversa. Francisca tiraba contra una botella cuando el viejo la obligaba; Martina, contra las palomas y por gusto. Francisca salía con el auto a ninguna parte en especial; Martina enfilaba a la estancia, donde dejaba duros

a gritos a los peones y a los tanteros. Francisca montaba y se olvidaba de la fusta; Martina clavaba los talones y volvía con el animal agotado. Cuando Francisca se casó con Marcelo, Martina despreció esa debilidad femenina de entregar su vida a un hombre: a ella no le iba a pasar eso. Francisca casada, siguió viviendo como siempre, salvo que dejó de montar, de disparar y de manejar un auto. Martina tiranizó durante un tiempo la casa y los campos del viejo, y cuando él murió se dedicó a los guardas de tren y los hoteleros. Entonces a la tonta de Francisca se le ocurre llamarla a vivir con ella. Aquí sí tenía Martina campo para imponerse: la hermana, y ese cuñado que siempre parece estar mirando a otra parte. Y las sirvientas. Con excepción de la vieja Demetria, a quien no sé si respeta porque reconoce en ella a su igual envejecida, o si desprecia por su chochera. Suerte que no hubo sobrinos, pero ella los esperaría para enseñarles a manejar, a montar, a tirar. Aquí Martina siempre tuvo dónde clavar las uñas. Y más cuando llegaron Torito y Teodoro. Torito embaucó a Francisca con sus pretensiones intelectuales y mundanas. Y al poco tiempo Teodoro hizo lo mismo con Marcelo, con su fingida utilidad de amigo de la casa apto para todo servicio. Cuando se instalaron, Martina habrá bufado. Le habrá dicho a su hermana algo así como «Sos siempre la misma estúpida y tu marido es un infeliz sin sesos ni carácter».

—Está dentro del estilo de Martina —reconoció Barragán.

—Solo que no los pudo echar. La fuerza de los caprichos de Francisca proviene de saberse débil: ni replica, ni se defiende. Se calla y se empaca. Y entonces, ¿qué pasa?

Yo te lo voy a decir: pasa que Martina cumplió cuarenta y ocho años.

—¿Cómo sabés?

—No lo sé con seguridad —admitió Villada—, pero cumplió cuarenta y ocho. O cincuenta. Ahora vos que de vez en cuando tenés tus chispazos, Watson: ¿quién mató a Martina?

—¡No me digás que fue la arteriosclerosis! ¿No quedamos en que era con un estilete?

—No uso metáforas —dijo Villada—, hablo literalmente. ¿Quién mató a Martina?

—Si querés decir que la edad crítica la puso más amarga de lo que siempre fue y que alguien se hartó, sigo a oscuras. ¿Quién se hartó?

—Ahora estás casi en el buen camino —se paseó con las manos en los bolsillos y después se encaró con Barragán—. ¿No te gustaría tomar algo fresco? Por ahí debe haber whisky, y podríamos sacar hielo de la heladera. O a lo mejor hay cerveza fría.

Barragán protestó:

—No me vengás ahora con escenas dramáticas de último capítulo. Dejame de whisky y suspenso. Mirá que van a llegar todos, con Martina a la cabeza, y yo no voy a conseguir nunca que me digás quién la mató, y qué tienen que ver los cuarenta y ocho años que pueden ser cincuenta.

—Fácil, fácil —Villada se sentía feliz—. La edad crítica pudo ponerla más amarga, como vos decís. Pero también es factible, es verosímil, tiene que haber sucedido si queremos crimen, también la ablandó, la dejó sin defensas. Y sus últimos ardores, buscando destinatario,

cayeron sobre los ojos acuosos y los blancos bigotes de Torito Merwin.

Y miró triunfalmente a Barragán. Barragán le devolvió la mirada. Después se puso de pie y dijo con voz de hombre burlado:

—Está bien. Dame ese whisky y hablemos de otra cosa.

Pero Villada lo tomó de los hombros y lo hizo retroceder hasta el sillón en el que lo dejó caer:

—Sí, señor. Martina se enamoró. Revirtió el proceso de alguna Venus de mármol o de la mujer de Lot. O del monstruo de Frankenstein si preferís. Se volvió de carne y se encontró con que no había crecido. Como cualquier mujer normal a los doce años, se enamoró del que no debía. Se había pasado la vida ejercitando las manos, las cuerdas vocales, y hasta el cerebro, pero nunca el mecanismo selectivo de las emociones.

—¡Eso no existe!

—Si no existe debería existir. Pero creo que sí existe, aunque tal vez con otro nombre. Ahora callate que ya llegamos al crimen. Torito estaba encantado. Con Martina a su favor podría explotar bien la situación, la casa, Marcelo. Francisca, hacer echar a Teodoro y vivir contento, ahito de budines, recepciones y calefacción central por el resto de sus días. Pero no contó con la adolescencia de Martina: ella quería el traje, Mendelssohn y la cara buena del obispo de alguna parte salmodiando «Que seáis felices, hijos míos».

—¿Y por qué no se casó? Con eso sí que se aseguraba el porvenir. ¡Si Martina es riquísima!

Villada lo miró con lástima:

—Por dos razones. Primera: ¿te imaginás lo que debe ser estar casado con Martina?

Barragán se lo imaginaba. Pasó revista a la mesa del desayuno frente a Martina, el cine junto a Martina, la cama al lado de Martina, el auto manejado por Martina.

—Y segunda: vos tenés razón. Torito es impotente. La situación no necesita comentarios. Pero Martina lo apuraba y él dilató todo lo que pudo el dulce sí. Hasta que hoy. No, hoy no. Ayer, Martina le puso plazo hasta hoy. Él pidió una conversación a solas en el cuarto de ella, pensando vaya a saber en qué justificación, qué nueva dilación. Martina arregló para todos un compromiso para almorzar en lo de Rina Solorza por ejemplo, y a último momento dijo que ella no podía ir, que le dolía la cabeza, pero obligó a Marcelo y Francisca a ir. A Demetria la mandó al cine del pueblo con la mujer del casero. A Teodoro a Rosario a llevar algo o a traer algo, a ese es fácil sacárselo de encima. Y a Torito a pasar el día a lo de los Bravo que queda del otro lado de la ruta. A la hora de la siesta (vos sabes lo que son las siestas de verano en una quinta cuando no hay jovencitos bochincheros) Torito se escaparía hasta acá y hablarían con coartada y todo: él podría volver en poco tiempo. Lo peor que le podía pasar era que lo pescaran en el jardín, en cuyo caso podría decir que había estado paseando en vez de adormilarse en alguna cama.

—Me parece impropio de Martina —Ernesto Barragán dudaba—. Ella le hubiera armado un escándalo en cualquier parte y a cualquier hora. Y si quería casarse hubieran hecho falta tres docenas de Toritos para impedírselo.

—Nuestra Martina sí —aclaró Villada—, pero la Martina revolucionada no. Seguía siendo dura, tirana y decidida. Pero ahora su nueva personalidad femenina tenía que resolverse en privado, y no con órdenes gritadas desde el primer piso a la cocina. Pero la prueba de que era tan poco maleable como antes está en que Torito tuvo que matarla.

—¿Qué te parece que sucedió?

—¿En el cuarto de ella? Ah, Ernesto, esa será la parte del misterio que no resolveremos. Martina está muerta y Torito no lo va a decir ni bajo tortura: está en juego el honor del sobrenombre que no sabe que tiene. Más vale ser un asesino despiadado que la cáscara de un hombre. Además en la cárcel no se está tan mal: se vive gratis, que fue siempre el sueño de su vida, ya no se pican piedras más que en tus chistes, y hacer canastas no está tan reñido con la actividad intelectual: mientras se trenza el mimbre se puede meditar hasta cualquier profundidad.

—¿Y si no lo apresamos nunca?

—¡Por favor! —dijo Villada—. Dejemos esos bajos menesteres a la policía. El tipo es tan cobardón y torpe que debe haber dejado miles de huellas: manchas de dedos, pisadas, puchos de cigarrillos, un pañuelo con su nombre bordado lleno de sangre, qué sé yo.

—Pero podríamos facilitarles el trabajo a los muchachos. ¿Subimos?

—Esperate que antes nos tomamos el whisky —dijo Villada caminando hacia el comedor—. O mejor los servimos, dejamos que se enfrien, descubrimos el cadáver, bajamos y brindamos por nosotros. Después llamamos a la policía.

Trajinaron en el comedor y la cocina, y dejaron dos vasos generosamente servidos en la mesa de mármol.

—Primero vos, Watson —dijo Villada al pie de la escalera.

Pero al llegar arriba se había disipado el instante del crimen, y se sentían un poco avergonzados, como alguien a quien se sorprende haciendo muecas frente a un espejo cuando se cree solo. Se miraron con una sonrisa de indecisión frente al dormitorio de Martina, hasta que Villada, desafiante, abrió la puerta de golpe.

* * *

El año siguiente tuvo un verano tardío y sofocante. Rafael Villada se permitió un mes entero de vacaciones y alquiló una casa en las sierras. Desde allá le escribió a Barragán: «...venite con Delfina el próximo fin de semana y quédense todo el tiempo que quieran. Para tentarte te ofrezco árboles, reposeras, y días que empiezan a eso de las once de la mañana. No traigas lápices ni papeles. Yo dejé la máquina de escribir en casa y trato de no acordarme para qué sirven los bisturís».

Los Barragán llegaron el viernes a la tarde en el derrengado taxi de Ataliva López, que atracó laboriosamente más allá del portón. Ernesto se bajó y gritó:

—¡Rafael!

Y cuando Villada abrió la puerta y vino a recibirlos, se dieron un abrazo de políticos frente a las cámaras de televisión, con ruidosas palmadas en la espalda.

Delfina los miró curiosa, con un bolso a cuadros en la mano y la cabeza ladeada, como interrogando, porque su marido había dicho:

—Che, por un momento tuve miedo, con este calor, cuando grité y casi dije en voz alta «Parece que no hay nadie».

Villada se sonrió y dijo entre indulgente y fastidiado:

—Vamos, vamos —y caminaron hacia la casa, cargados con valijas y bolsos.

Delfina no sabía que los dos estaban pensando en Martina muerta en la cama, en Barragán tratando de contener las náuseas, en Villada llamando a la policía, en la cara angustiosa cruzada por el bigote blanco de Torito Merwin mientras decía ahí nomás delante de todos que había sido él, en los sollozos de Francisca y el desconcierto de Marcelo; y en todo lo que no habían vuelto a mencionar, en todo lo que habían ocultado desde que dijeron por primera vez a la policía «Llegamos y como creímos que no había nadie, nos sentamos a descansar, tomamos algo y estuvimos un rato largo hablando de nada en particular».

Rosario, 1964